

EL MAR EN ESTROFAS

Manuel MAESTRO
Presidente de la Fundación
Letras del Mar

*La poesía es pintura de los oídos,
como la pintura poesía de los ojos.*

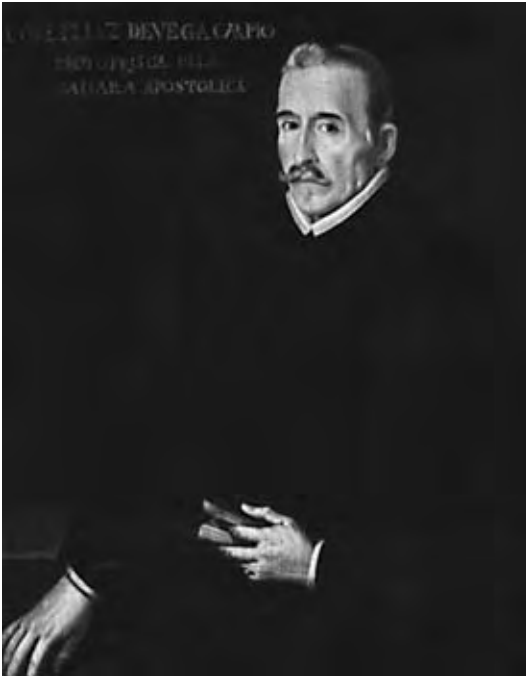
Lope de Vega.



AS escuetas estrofas del poeta nos conectan rápidamente con el aroma de las aguas salobres; nos hacen sentir la brisa que a veces acaricia las orillas del mar y otras las golpea con furia; nos permiten divisar la imagen de los barcos llegando a puerto o perdiéndose en el azul del horizonte; nos inmiscuyen en la vida de los marinos, tanto en la guerra como en la paz, y consiguen estremecernos cuando, al describirnos una desatada tempestad, la rima golpea los versos con el mismo rigor y cadencia que lo hacen las olas durante la calma o el temporal.

El mar siempre ha sido fuente de inspiración para el poeta, al que le ha comunicado sus ritmos y ejercido su influjo, que transmitirá con su cantar a los hombres, desde los más viejos poemas, entre cuyas estrofas han navegado héroes, marinos y profetas que tienen el piélago como escenario de sus aventuras, desde que los senos de las sirenas de la mitología se erguían sobre las aguas del *Mare Nostrum* mientras cantaban para atraer a los personajes de la obra de Homero. En ocasiones el océano sirve como trasfondo de un argumento estético; otras veces se presenta como un ser tierno y sentimental cual es el mar de las arribadas y despedidas; y en algunos momentos presta su carácter cambiante a la perfidia de la mujer, a la que compara con las voraces olas; en no pocos pasajes, el fruto de la imaginación del poeta es el puerto al que se llega al final de la vida.

Para empezar a hablar de poesía española del mar debemos concentrarnos en los cinco siglos que comprende la Poesía Medieval, durante los que el océano es una cosa remota y misteriosa que no tiene apenas cabida en sus



Lope de Vega.

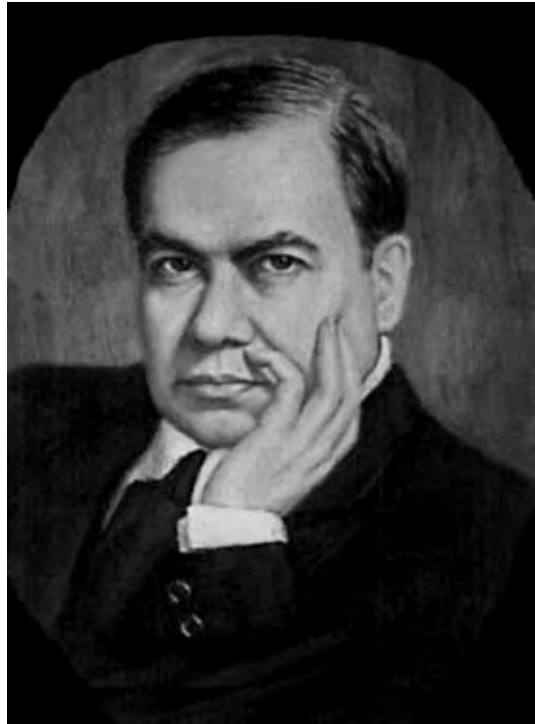
estrofas. En el *Mío Cid*, o en la obra de Berceo, sólo encontramos breves referencias marineras. Posteriormente, cuando en los siglos XVI y XVII la literatura española conoce su máximo desarrollo y esplendor, a la par que España alcanza la hegemonía política y militar, los poetas siguen sin mostrarnos el mar, si bien aparecen los motivos mitológicos y proliferan los temas heroicos que hacen referencia a nuestras grandes gestas. Temas en los que tanto Cervantes como Lope de Vega, ambos soldados de Marina, inciden en sus obras respectivas. Al crearse con la Ilustración las reales academias, se fomenta la cultura de forma didáctica, lo que hace decaer el género lírico a favor del ensayo y la fábula, tardando,

sin embargo, en morir el gusto por el barroco en la poesía. Las matemáticas priman tanto en lo poético como en los temas navales en una época en la que Inglaterra domina los mares y Francia reina en la poesía.

En el siglo XIX entra con fuerza el mar en la lírica española: un mar de libertad, evasión y aventura, en el que el héroe máximo, el pirata, llega de la mano de Espronceda. Se inicia una etapa en la que el poeta romántico se acerca a las playas y comienza a navegar sobre las olas. A mitad de este siglo el Romanticismo deja de ser la principal línea estilística a seguir y, en las letras hispanas, con Rubén Darío, irrumpe el Modernismo, movimiento con el que la descripción del mar surge en toda su plenitud, cristalizando con fuerza en poetas canarios como Tomás Morales. Surgen en las nuevas generaciones contemporáneas líricos de la lengua española, tales como Unamuno, Juan Ramón Jiménez, los Machado, Lorca, Alberti, Del Río, Aleixandre, Cancio, Hierro o Caballero Bonald, que, entre otros, cultivan distintos estilos, a los que debemos sumar a hispanoamericanos como Neruda o Gabriela Mistral, para los que uno de sus referentes sigue siendo tanto el mar como el marino de grandes patillas que, al navegar a vapor, parece haber perdido la aureola aventurera, aunque, en el fondo, nada haya cambiado hasta hoy.

De la mar las tempestades y naufragios

Para algunos espíritus, la contemplación de las formas de agua que se acercan y se alejan, se hacen y deshacen, se ganan y se pierden, ha sido suficiente para caer en la vida contemplativa. El océano es, también, un reino que permanece radicalmente libre; una extensa propiedad común por donde el hombre puede moverse a sus anchas, si bien el mar no tiene compasión, ni fe, ni ley, ni memoria, y nunca ha sido su amigo incondicional. No es extraño que tan rico y variante espectáculo haya sido igualmente rica y variada fuente de inspiración para los poetas, que unas veces le describen cual doncella ruborosa, susurrando dulcemente mensajes amorosos por las playas y acantilados, y otras trocándose en ira devastadora, rugiendo y amenazando todo cuanto antes acariciaba con inefable candor. Tan pronto es ensalzado, como lo hace Rubén Darío con su



Rubén Darío.

«mar armonioso,/ mar maravilloso/ de arcadas de diamante en que se rompe en velos», como vilipendiado por Shakespeare: «más cruel que el hambre, el dolor o el mar». Amado, odiado, temido o respetado, la poesía, con el ritmo de los versos y la cadencia de sus frases, nos ha acercado y nos seguirá acercando al mar, como lo hace Quevedo con este soneto:

A LA MAR

«La voluntad de Dios por grillos tienes,
y escrita en el arena ley te humilla,
y por besarla, llegas a la orilla,
mar obediente, a fuerza de vaivenes.
En tu soberbia misma te detienes;

que humilde eres bastante a resistilla;
a ti misma tu cárcel maravilla,
rica, por nuestro mal, de nuestros bienes.
¿Quién dio al pino y abeto atrevimiento
de ocupar a los peces su morada,
y al lino de estorbar el paso al viento?
Sin duda, el verte presa, encarcelada,
la codicia del oro macilento,
ira de Dios al hombre encaminada.»

Francisco de Quevedo (1580-1645).

Para los escritores románticos, la belleza más abstracta es una poderosa tempestad en el mar. Cuanto más arrecia el viento, invitando a las aguas a embravecerse, más belleza puede transmitir el poeta, al describir cómo la fuerte marejada se convierte en mar gruesa, y ésta en arbolada, en tanto que en la proa de la nave las olas producen un vibrante y sonoro pantocazo, que al



Tempestad.

retumbar en todo el barco sobrecoge a la tripulación, haciéndola recurrir a las fuerzas benefactoras que pueden venir del cielo. O al describir las siluetas de los mástiles inclinándose violentamente a un costado, que cuando apenas recuperan la verticalidad vuelven a tumbarse hacia la otra banda; para terminar su narración cuando el viento se apacigua como por mandato divino y las aguas se tornan tranquilas como un espejo; o bien describiendo el terror instintivo de los tripulantes que ven cómo el mar se traga al navío y temen ser devorados por los peces, algunos de los cuales tienen una cabeza y una boca desmesuradas, dentro de cuyo vientre terminará su existencia, si San Telmo o la Virgen del Carmen no le ponen remedio a tan dramática situación, como la descrita por Garcilaso de la Vega:

PASANDO EL MAR LEANDRO EL ANIMOSO

«Pasando el mar Leandro el animoso,
 en amoroso fuego todo ardiendo,
 esforzó el viento, y fuese embraveciendo
 el agua con un ímpetu furioso.
 Vencido del trabajo presuroso,
 contrastar a las ondas no pudiendo,
 y más del bien que allí perdía muriendo,
 que de su propia vida congojoso,
 como pudo esforzó su voz cansada,
 y a las ondas habló desta manera,
 mas nunca fue la voz dellas oída:
 -Ondas, pues no es excusa que yo muera,
 dejadme allá llegar, y a la tornada
 vuestro furor ejecutá en mi vida.»

Garcilaso de la Vega (1503-1536).

De los barcos y la navegación

Dejando a un lado las manifestaciones de los poetas acerca de sus sentimientos sobre el amor o el temor al mar, el hombre lo que verdaderamente ama son los barcos: infatigables servidores de la Humanidad, que entre las cosas inanimadas son quienes están más próximos a su afecto, sobre todo al de los marinos; para los que, al haber navegado algún tiempo en la misma nave, aquel armazón de chapas y mamparos llega a ocupar un lugar importante en sus afectos, como nos revela Ignacio Negrín con *El bergantín sin rival*. Su estampa es como el retrato de un ser querido, a la vez que la imagen del

hogar a cuyos lomos viaja con sus alforjas llenas de recuerdos de todo tipo y, en donde a su alrededor, al contrario de lo que ocurre en el caminar por la tierra, lo que se mueve es el paisaje. El hombre de mar se vincula a su barco; y para los marineros, al igual que llevan su nombre en la cinta de su gorra, permanece en su corazón, que se alegra cuando se celebra su botadura, en la misma medida que se entristece cuando se hunde, o al caminar lánguidamente hacia el desguace.

EL BERGANTÍN SIN RIVAL (fragmento)

«...Rompiendo montes de espuma,
Vuela entre compacta bruma
El bergantín «Sin rival».
Nave no hay que la aventaje
Ni en su casco ni en su guinda,
Ni ha cruzado otra más linda
Por la zona tropical.
De esbelta y aguda proa,
Mástiles limpios y erguidos,
Costados siempre bruñidos,
Donde reverbera el sol.
No hay bajel que en su camino
Le iguale o rinda altanero,
Que es el buque más velero
Que nació en puerto español...»

Ignacio Negrín Núñez (1830-1885).

No hay nada más poético que navegar, pues, en definitiva, es seguir con los sentidos los senderos del firmamento y plasmarlos sobre las cartas náuticas en la mesa de derrota, ayudándose de las paralelas y el compás. En los días de cielo despejado la luna llena se pavonea entre el azul que la rodea y se puede reconocer cualquier esquina del firmamento. La maniobra adecuada para que el viento, venga de donde venga, impulse a la nave hacia el rumbo ordenado por el silbato del avezado contramaestre, que provoca el izado o arriado de las velas encargadas de recoger en su seno la fuerza de Eolo, está cargada de lirismo, como lo está el encuentro con otro barco en alta mar, como lo describe Del Río en *Luz por la amura*, o el atraque o desatraque del barco de los muelles del puerto, en donde los seres queridos reciben con alegría o despiden con tristeza a los marinos, en tanto que éstos deben fijar su atención a las voces dimanantes del puente, que ordenan la tarea a efectuar con los amarres y las máquinas, responsables de acercar o alejar al buque de la tierra firme.

LUZ POR LA AMURA

«Entre el ronco gemido de las olas,
única estrofa de la noche oscura,
se oye clara la voz de los serviolas,
que anuncian una luz por una amura.
Es un vapor; su luz no se confunde,
y en las nubes que velan su reflejo
tiembla sobre las olas y se hunde
cual si huyera de nuestros catalejos.
La soledad monótona del viaje
al surgir esa luz, al fin se quiebra;
el corazón la rinde un homenaje.
¿De qué nación será? No importa nada,
y bebemos un vaso de ginebra
a la salud del nuevo camarada.»

José del Río (1886-1964).

De los hombres y mujeres de la mar

Los marinos siguen perteneciendo a una profesión amparada por la tradición y el dominio de las ciencias, ya que cada día son necesarios mayores conocimientos para el manejo de la moderna tecnología que va penetrando en todos los rincones de los buques. Sin embargo, en el servicio del mar deben seguir afrontándose, aunque hoy en menor medida, las molestias de los bruscos cambios de clima, la lejanía de la familia, la soledad y el trabajo duro. Los poemas del mar nos siguen contando la vida de esos lobos de mar en las noches heladas, rodeados de montañas de agua que bullen



Midiendo con el sextante.

con horrible estrépito, produciendo violentos embates durante los que los marineros, antaño y hogaño, tienen que mantener una dura lucha, tanto más terrible, valerosa y abnegada cuanto que el movimiento del mar y de la nave nada les deja ver, oyendo sólo el ruido constante y atronador de las olas golpeando el casco. La figura del comandante o capitán de la nave también es tema recurrente en nuestra poesía: se trata de ese hombre responsable de todo lo que pasa en el barco y de que éste llegue a buen puerto, y que se ve obligado a tomar graves decisiones basadas en sus conocimientos, experiencia e intuición. Ese profesional que nos describe Tomás Morales en su soneto:

«Es en todo un viejo lobo: con sus grises pupilas,
las maneras calmosas y la tez bronceada.
Solemos vagar juntos en las tardes tranquilas;
yo le estimo, él me llama su joven camarada...
Está bien orgulloso de su pasado inquieto;
ama las noches tibias y los días de sol;
y entre otras grandes cosas, dignas de su respeto,
es una, la más alta, ser súbdito español.
En tanto el mar se estrella contra las rocas duras,
él gusta referirme curiosas aventuras
de cuando fue soldado de la Marina Real;
de aquel famoso tiempo guarda como regalo,
la invalidez honrosa de su pierna de palo
y su cruz pensionada del Mérito Naval...»

Tomás Morales (1885-1921).

La pesca nos introduce en un mundo especial, en el que el poeta es pescador de sueños, forjador de un universo onírico que tiene sus puntos cardinales divididos entre diversas escenas: las que representan a los rudos mozos de brazos bronceados, que tan pronto cosen las redes mientras toman el sol en el muelle, en donde han depositado las rentas de su trabajo —como lo hace el personaje de Gabriela Mistral en su *Canción de pescadoras*— o luchan con esas mismas artes contra el océano que les disputa sus réditos; las de cientos de pájaros volando ávidos de los desperdicios que saltan por las bordas de los barquitos pintados de fuertes colores, cuyas chimeneas compiten con las largas pipas que fuman sus patrones; y las de arribadas en las madrugadas, cuando el puerto comienza a desperezarse para poner en marcha la distribución del pescado en la lonja.

CANCIÓN DE PESCADORAS (fragmento)

«Niñita de pescadores
 que con viento y olas puedes,
 duerme pintada de conchas,
 garabateada de redes.
 Duerme encima de la duna
 que te alza y que te crece,
 oyendo la mar-nodriza
 que a más loca mejor mece.
 La red me llena la falda
 y no me deja tenerte,
 porque si rompo los nudos
 será que rompo tu suerte...»

Gabriela Mistral (1884-1956).

De la guerra en el mar

Homero, en su obra, marcó una pauta que seguiría casi toda la poesía occidental hasta el siglo XIX, mediante la que se señala a la guerra como el camino propicio para alcanzar la gloria. Las batallas navales son un escenario incomparable para la oda épica, que nos describe las duras condiciones a bordo, la férrea disciplina y el espíritu combativo de los marinos o galeotes, que remaban o servían con sus espadas y cañones cuando llegaba el momento de luchar, desde que los fenicios y griegos comenzaron a pelear por el dominio de las rutas marítimas, armando sus barcos y aglutinándolos en flotas. Momento a partir del que la guerra en el mar se convirtió en un hecho imparable, y las armadas entraron en la historia para influir en la construcción de lo que hoy es nuestro mundo actual. La sangre sobre las cubiertas, cuyo fluir es frenado por la arena regada sobre sus maderas antes de iniciarse el combate, y los gritos de dolor de los marinos, despojados de sus miembros por la bala del cañón enemigo o el serrucho del cirujano, han sido descritas frecuentemente por nuestros rapsodas con la misma insistencia que han cantado los clamores de las victorias —como lo hace Adriano del Valle en su *Lepanto*— y las derrotas de nuestras escuadras.

LEPANTO

«Alta arenga Don Juan dábale al viento...
 Invoca a Dios, invoca a la Señora

del orbe, de aquél mundo que se escora
como buscando un abisal asiento.
Bosque de jarcias, náutico portento,
leños de España... y al infiel emprora
la flámula de Cristo, vencedora,
cortándole al Bajá su torvo aliento.
La bombardera postrera se dispara
y en últimos fragores se deshace
el eco del estruendo que retumba...
Venció al Turco y a Marte derrotara.
Ejemplo, el Turco que insepulto yace
en pudridero de movable tumba.»

Adriano del Valle (1895-1947).



Ya los primeros diccionarios marítimos, como el del español Timoteo O'Scanlan, definen al pirata como *ladrón de mar*; lo que califica con cuatro palabras a estos depredadores del comercio marítimo: hombres avezados en el desmán, la muerte, la tortura y el robo. Pero, casi todos, tuvieron un código especial para tranquilizar sus conciencias, frecuentemente ahogadas en el alcohol: principal inspirador de muchos de sus actos. Han sido tratados con repulsión por gran parte de historiadores y legisladores. Sin

embargo, navegando en el océano de las letras, desde hace 3.000 años su figura resalta magnificada. Viajando su mito unas millas por delante de la historia, y sus vidas, repletas de barcos, batallas y tesoros enterrados, han sido constantemente explotadas por escritores y poetas. Fueron los literatos del Romanticismo, como Arolas con *El pirata*, quienes más airearon esta figura para hacer triunfar su nueva estética, caracterizada por una ferviente pasión por las ideas acerca de la libertad.

EL PIRATA (fragmentos)

«Ni corbeta berberisca,
 ni galera veneciana,
 con mi nave capitana,
 se ha podido comparar;
 que con su dorado campo,
 entre mil flámulas bellas
 iza pabellón de estrellas
 más azules que la mar...
 ...Mi bajel busca la lid
 si nave turca es llegada,
 barre el mar con su andanada,
 y suspira el musulmán:
 si el vino vedó a los suyos
 aquel que llamaron fuerte,
 beben agua hasta la muerte
 los perros del alcorán...»

Juan Arolas (1805-1849).

De las costas, playas y puertos

Las musas del poeta, desde muy antiguo, se ven atraídas cuando contemplan al Sol, tanto cuando llega como al despedirse tras su obligada visita diaria a las arenas de las playas, acompañando en su vaivén a las olas. Esos lugares que son por excelencia centro de reflexión para los paseantes solitarios, como el que al contemplar el movimiento de las olas rompiendo en la costa dice: «mis penas son como ondas del mar/ que unas vienen y otras se van;/ de día y de noche guerra me dan». A unos pocos elegidos les permite vislumbrar la frontera de los amores imposibles entre la sirena y el pescador que lanza su caña en la orilla, para luego contarle con la rima cadenciosa del verso. Otros fijan su atención en la blancura de su arena, la quietud o alboroto de sus aguas, que les traen a la memoria algún pasaje de sus plácidas o agitadas existencias; no falta quien se entristece con el abandono que padecen durante el invierno, o comparte la alegría desbordada que gozan en el estío con la llegada de los veraneantes. Tampoco falta quien en sus estrofas refiere la tan triste —como inesperada— arribada al acantilado del tributo de una vida humana, segada mientras buscaba afanosamente el alimento en las entrañas del océano, o simplemente gozaba jugando con sus traicioneras aguas. A Rosalía de Castro, en su *Mar azul las transparentes olas*, le llaman y le huyen:

MAR AZUL LAS TRANSPARENTES OLAS (fragmentos)

«Del mar azul las transparentes olas
mientras blandas murmuran
sobre la arena, hasta mis pies rodando,
tentadoras me besan y me buscan...
...Y huyen, abandonándome en la playa
a la terrena, inacabable lucha,
como en las tristes playas de la vida
me abandonó inconstante la fortuna.»

Rosalía de Castro (1837-1885).

Los marinos tienen en los puertos el lugar de abrigo para sus barcos; fundamentalmente propiciados por la geografía costera y mejorados por la acción de la mano del hombre. Con lo que se han ido creando excelentes proskenios, como son sus espigones y bocanas — así lo hace Antonio Murciano con Cádiz— en los que, echando la mirada adelante, se pueden ver las gaviotas, que en su vuelo se confunden con las velas de los barquitos que vienen y van; y si se gira la vista, tras los mástiles y chimeneas de los buques se alcanza a divisar la torre de la iglesia del pueblo que vio a uno nacer, o el balcón de la casa en donde pasó los veranos más felices de su vida. Los puertos, frente al pasado provincianismo de las poblaciones del interior, son también una síntesis de cosmopolitismo, ya que a bordo de naves abanderadas en los cuatro confines llegan a sus muelles viajeros y mercancías de todo el mundo.

A CÁDIZ, NOVIA DEL SUR (fragmentos)

«A Cádiz, novia del Sur,
quieren ponerle collares,
Sanlúcar, Rota, Los Puertos,
Conil, Chiclana y Barbate.
Encerradita la tienen,
rodeada de murallas,
tirabuzones de espumas
le están rizando sus playas...
...Acodadita en la mar
Cádiz mira a San Fernando
y Algeciras va y le tira
un beso de contrabando...»

Antonio Murciano (1929).

Del amor y el más allá en el mar

La leyenda de que el marino tiene una novia en cada puerto viene dada por las obsesiones de antaño, cuando las ausencias del hogar eran muy prolongadas y atormentaban a los hombres de mar por su fiebre insatisfecha de familia, de afecto y de mujer. La literatura nos ha traído abundantes muestras de donjuanes marítimos: hijos predilectos de Eros. A la par, la madre, la esposa o la novia del marinero —como nos describe Domingo López Torres— han sido, recurrentemente, personajes centrales de muchos versos: unos, en los que han quedado reflejados los días en vigilia cargados de preocupación por el ser querido que retrasa su vuelta, o del que se desconoce el paradero; otros por la lejanía del padre cuando llega la cigüeña sin su presencia; o a causa de las tristes despedidas. A la vez que, reiteradamente, han sido cantados los alegres encuentros tras las largas travesías.

También la imagen del mar que, como el amante apasionado, pasa rápidamente del sosiego a la agitación, ha sido usada con frecuencia como metáfora lírica. No en vano la diosa Afrodita simboliza el deseo sexual, en el sentido en que el sexo es una fuerza motriz del Universo. Lope de Vega escribió que el amor fue el inventor de los poemas, y muchos han sido los poetas que en lengua española han pagado el tributo a tal invento a través de la poesía del mar.

EL MARINERO Y LA NOVIA

«Espejos de azul narciso
viene la proa cantando
con un filo de inquietudes
y un verde de contrabando.
Con treinta ojos azules
viene el barco rebosando.
Los marinos en las velas
traen el viento acurrucado,
y en las jarcias y en las cuerdas
los desengaños colgados.
¡Cómo sueña con la novia
aquel marino tostado!»

Domingo López Torres (1910-1936).

En el universo cristiano el mar es la cara opuesta al paraíso terrestre, el lugar donde habita lo desconocido, lo inquietante. El cristianismo opondrá fuertemente el mar a la tierra; sin embargo, a través del Nuevo Testamento se fortalecerá el carácter purificador del agua. En primer lugar, por medio del

bautismo, pero también en aquellos pasajes de la vida de Jesús en los que el mar y sus criaturas se utilizan como elementos de revelación del carácter divino de Cristo o como espacio de separación entre el mundo de los hombres y el más allá. Los marinos miran hacia el cielo para pedir la protección que en algunos momentos de ningún otro lado puede llegar, ya que las aguas están tan agitadas como lejana la tierra, lo que ha llevado muchos temas religiosos a la poesía del mar, como esta pieza del cancionero popular que dice: «El que no sepa rezar./ que vaya por esos mares/ y verá que pronto aprende/ sin enseñárselo nadie», o en la que Fray Luis de León nos narra la llegada del Apóstol a nuestras tierras:

LA NAVEGACIÓN DE SANTIAGO (fragmentos)

«Por los tendidos mares
la rica navecilla va cortando:
Nereidas a millares
del agua el pecho alzando
turbadas entre sí la van mirando...
...Esfuerza, viento, esfuerza;
hinche la santa vela, embiste en popa:
el curso haz que no tuerza
do Abila casi topa
con Calpe, hasta llegar al fin de Europa
Y tú, España, segura
del mal y cautiverio que te espera,
con fe y voluntad pura
ocupa la ribera;
recibirás tu guarda verdadera.»

Fray Luis de León (1527-1591).

